

tiendo las mismas exclamaciones, conforme entraban en la ciudad, añadiendo este verso del himno de los Marsellese de que se acordaban aun:

Ha llegado el día glorioso.

Los gefes tenían igual entusiasmo; el mismo Napoleon lo experimentó un momento; y se le escapó una exclamacion de felicidad. A las dos, se detuvo en una de las primeras casas del arrabal de Dorogomilow, y el día siguiente bajó al Kremlin; allí, contento con haber cumplido, á pesar de todos los obstáculos, con su plan gigantesco, se vanaglorió de verse dueño de la antigua capital del imperio moscovita, y miró con algun orgullo el trono y la efigie de Pedro I°. Ay! y cuán lejos estaban entonces de su pensamiento los desastres de Carlos XII! Sin embargo, á la cumbre de la gloria, cerca estaba la mas espantosa catástrofe! En menos de veinte y cuatro horas, iba á estallar y ninguna señal la anunciaba. A la verdad, los mas de los habitantes desengañados de las mentiras de Rostopchin con el paso del

* *Le jour de gloire est arrivé.*

ejército fugitivo de Kutusoff, habian salido de Moscú; pero una parte de la poblacion se habia quedado. Habiamos hallado mas de quinientos palacios abiertos con los criados en las puertas prontos á recibirnos; los mas ricos propietarios habian anunciado que volverian pronto, y habian dejado cartas para encomendar sus casas á los oficiales que habian de ocuparlas. La armería del Kremlin contenia sesenta mil fusiles ingleses, austriacos y rusos, y cien cañones; fuera de la ciudad, cuatrocientas mil libras de pólvora estaban encerradas en unos almacenes inmensos, con un millon de libras de salitre. Moscú por fin, todavía intacto y en pie, nos ofrecia recursos y cuarteles de invierno admirables. Napoleon todo lo dispuso en su pensamiento para aprovecharse de su conquista, restablecer el orden en la ciudad, la disciplina en su ejército y coordinar todos los elementos del nuevo sistema que habia concebido. ¿Qué habia temer? Kutusoff, batido, conocia demasiado bien la superioridad del ejército frances para intentar atacarnos en medio de Moscú. En caso que los demas generales rusos llegasen á reunirse con el feld-mariscal, teniamos á nuestras espaldas

el imperio del mundo! «Cómo es posible, » decia, quemar ellos mismos su capital! Qué horror!» El ejército que hizo inutilmente los mayores esfuerzos para salvar su conquista, quedó estupefacto. En medio de esta tempestad, los execrables instrumentos del gobernador fueron cogidos con las antorchas en la mano; Napoleon quiso interrogarlos él mismo; confesaron altamente su delito, y manifestaban un orgulo feroz por haber obedecido las órdenes de Rostopchin. Fueron entregados á una comision militar y pasados por las armas. Sus cadáveres desaparecieron en medio del fuego encendido por ellos mismos. Rostopchin vive y se gloria de haber tomado una de las mas heróicas resoluciones que pueda inspirar el amor á la patria. La cuestion de saber si tuvo á su amo por cómplice, queda sepultada todavía en la obscuridad. Si algun dia se descubre que Alejandro haya decretado el incendio de Moscú, ¿con qué pretexto político ó moral podrá legitimarse semejante accion! Qué ese monarca vino en persona á inflamar todos los ánimos con un entusiasmo generoso! Pidió y obtuvo todas las pruebas, todos los sacrificios de una adhesion sin límites! Y en el mo-

mento mismo en que invocaba en nombre del cielo los auxilios de Moscú, tenia delante de sus ojos la imágen de la ciudad santa sentenciada al incendio por él mismo! Por fortuna se puede poner en duda semejante suposicion. En cuanto á Rostopchin, mirándole como el único autor de un atentado inaudito, casi se le ha querido levantar un altar; pero si este moderno Erostrates tenia un corazon humano, cómo es posible que, al momento de pegar fuego con su propia mano, por decirlo así, á la ciudad de Moscú, no le detuviesen las maledicciones de trescientos mil compatriotas reducidos á la última desesperacion! Cómo ha podido desentenderse de los tormentos de treinta mil heridos que iban á perecer en los hospitales donde estaban aguardando los socorros de la patria por la cual acababan de derramar su sangre!

Mientras que el fuego devoraba á Moscú, el Kremlin, defendido por sus altas murallas, parecia abrigado contra todo peligro; pero las chispas que caian dentro del pátio de la armería y las pavesas encendidas que llegaban hasta los cajones de municiones de la guardia, podian hacerlos volar; dos veces ya, el fuego

habia estallado en el recinto de la fortaleza; la noche se acercaba, y el viento aumentaba con violencia, el peligro crecia por instantes; Napoleon condescendió por fin con las repetidas instancias y las suplicaciones de sus principales oficiales, y se resolvió á salir de un lugar funesto en donde parecia que la magnitud del peligro le detuviese por una especie de poder que obra solamente sobre los hombres de un temple como el suyo, que repugnan en ceder á los obstáculos por insuperables que sean. Se dirigió por un sendero de fuego hácia el castillo de Petrowskie en medio de los acantonamientos del príncipe Eugenio. Allí, viéndose privado de Moscú que ya de nada servia para sus designios, meditó durante dos dias, y en seguida declaró que queria marchar sobre San Petersbourg, retirándose hácia el bajo Dwina, para ir á atravesar los caminos de las provincias de Vilikielouki y de la grande Nowgorod, coger á Wittgenstein por la espalda, y dar la mano á los ejércitos del mariscal San Cyr, y del duque de Bellúno, á quien dió la orden de ir adelante hasta Pskow. Este movimiento atrevido infundió tanto miedo á Alejandro, que envió á Londres sus archivos

con sus tesoros los mas preciosos y llamó desde la Podolia al ejército de Tchittchakoff para cubrir San Petersbourg; pero este plan desanimó á los mas intrépidos excepto al virey. Representaron á Napoleon que era mejor dirigirse al mediodia hácia la Wolhynia, para acantonarse en un país mas templado, restablecer el ejército, reunir todos nuestros medios y volver á la primavera para atacar á los Rusos en el corazón del imperio. Napoleon cedió y volvió al Kremlin el 18 de septiembre. Moscú, aunque destruido, podia todavía suministrar víveres al ejército con bastante abundancia; se habian salvado algunos almacenes y la mayor parte de las bodegas estaban intactas. Los jardines estaban todavía llenos de legumbres de otoño. Napoleon se esmeró en establecer mucha regularidad en el uso de esos recursos preciosísimos. Entretanto, estaba esperando siempre que se le harian proposiciones de paz. Un incidente vino á proporcionarnos la ocasion de conocer las disposiciones del Czar. Hemos visto antes que el hospicio de los niños expósitos, protegido especialmente por la emperatriz madre, habia sido preservado del incendio. M. de Toutolmin sub-director del estableci-

miento, se presentó *al salvador de todos sus hijos*, y pidió permiso para enviar á la Emperatriz un informe en el que se insertaron insinuaciones de paz. Napoleon dió otro paso por medio de M. de Jacowleff, que salió el 24 de septiembre para San Petersbourg con una carta para el emperador Alejandro. Diez dias despues, Napoleon envió al embajador Lauriston al cuartel general de los Rusos para proponer una negociacion, empezando por un armisticio. El feld-mariscal Kutusoff, alegando la falta de poderes, se contentó con enviar á San Petersbourg al príncipe Volkonsky para comunicar al ministerio las proposiciones de Napoleon. Kutusoff era el corifeo del partido ingles en Rusia y enteramente opuesto á la paz; el emperador Alejandro que inclinaba á admitir la oferta, se hallaba bajo el influjo de aquel partido que le dominaba por el terror y le amenazaba casi con la suerte de su padre. De manera que la política derribó las esperanzas de Napoleon, que ignoraba la situacion crítica de su antiguo amigo, y se equivocaba, aunque discurrese acertadamente sobre lo que hubiera debido hacer Alejandro entregado á sí mismo.

Entretanto, los Rusos continuaban su retirada por el camino de Bronnityz y de Kolumna, procurando engañarnos sobre sus planes verdaderos; de repente, y valiéndose de la noche, dieron la vuelta al Sur para ir á situarse, por el camino de Podol, entre Kalouga y Moscú. Esta marcha, alrededor de la ciudad cuyas llamas alumbraban al ejército, tenia por objeto excitar la indignacion y la rabia de los soldados á quienes sus oficiales iban diciendo: « No se han contentado con haber quemado á Smolensk, el antiguo baluarte de nuestra patria, y con haber hecho cenizas á todas las ciudades por donde han pasado; han querido arruinar la ciudad santa. Las llamas, que veis devorando vuestra antigua capital, os prueban que su intento es destruir á nuestra nacion y á nuestra religion. » Napoleon pronto conoció el verdadero movimiento del ejército ruso, y dió sus instrucciones en consecuencia al rey de Nápoles, á Poniatowski y al duque de Istria. Los Rusos llamaron toda su atencion con unas tentativas atrevidas á mitad del camino de Mojaïsk á Moscú, cuya comunicacion fue cortada por una columna de tres mil hombres á quie-

nes rechazamos mas allá del Orcha. Mientras se ejecutaban sus órdenes, recibió noticias de Schwartzemberg, y vió con desagrado que el general austriaco se retiraba delante de Tomasow bajo el pretexto de la llegada del ejército del almirante Tchittchakoff; pero, reduciendo á su verdadero valor el número de soldados que componian este cuerpo, escribió á Schwartzemberg para decirle que no diese crédito á las exageraciones acostumbradas de los Rusos y que los atacase inmediatamente. Al mismo tiempo, pidió nuevos socorros á Francisco II. Dirigió otras cartas al rey de Prusia y á los demas aliados del continente para estimularlos. En aquel momento, las que llegaron de España descubrieron los nuevos resultados de la derrota del duque de Ragusa; tambien llegaron noticias poco favorables de las orillas del Dwina y del Báltico. Las órdenes de Napoleon salieron con la rapidez del relámpago para remediar ó prevenir el mal; se esmeró, sobre todo, en dictar reglas de conducta seguras y precisas para el duque de Belluno, que se habia quedado en Smolensk para vigilar sobre Minsk y Wilna. Las combinaciones de alta prevision de Napoleon y el

feliz éxito de las operaciones que meditaba y que habian de salvar al ejército, hubieran surtido todo el efecto que se prometia el Emperador si su teniente hubiese ejecutado sus instrucciones con exactitud y fidelidad.

Napoleon se estaba preparando desde el 5 de octubre á abandonar á Moscú que no podia servir ya como posicion militar. Dió parte de su retirada al rey de Nápoles, á los duques de Abrantesy de Belluno, á su ministro de relaciones exteriores y al duque de Bassano, prescribiéndoles, hasta en los pormenores, todo lo que tenian que hacer para auxiliar su movimiento, y para la seguridad de las comunicaciones de Moscú á Smolensk. Napoleon queria acantonar su ejército en el pais situado entre Smolensk, Mohilow, Minsk y Witespk. Allí, rodeado de sus reservas imponentes y de sus dos alas, apoyado sobre un pais amigo de la Polonia, y sobre seis líneas de depósitos y de almacenes de toda clase de provisiones reunidas con mucho cuidado, podia amenazar, cuando llegase la primavera, á la ciudad de San Petersburg. Cada dia iban ejecutándose sus disposiciones para la evacuacion. Los hospitales y

los heridos estaban andando hácia Smolensk, con todas las precauciones de un gefe hábil y de un padre de sus soldados. Hasta el 3 de octubre, primer dia en que empezó á nevar, habia sido detenido por tantos quehaceres y con la esperanza de recibir de San Petersbourg unas contestaciones que no llegaron y que no debian llegar; pero en viendo este anuncio positivo de la mala estacion, se dió prisa en poner en marcha los cuerpos de ejército. Antes que saliesen, Napoleon, que desde mucho antes, habia prohibido las conversaciones entre las avanzadas y que preveia los inconvenientes que podian resultar de las comunicaciones casi amicales entre nuestros generales y los del enemigo, encomendó á Murat que se guardase con cuidado, que se mantuviese en cuanto lo pudiese en Winkowo ó que se replegase sobre la hermosa posicion de Woronowo; al mismo tiempo, el virey, destinado á ocultar nuestra direccion sobre Kalouga, mandó hacer con habilidad un movimiento en sentido opuesto sobre Demilzow. Todos los mariscales recibieron sus órdenes. El duque de Treviso y la jóven guardia se quedaron en Moscú ocupando el Kremlin hasta el momento

señalado. Existia una especie de armisticio, durante el cual el pérfido y astuto Kutusoff y sus generales, habian procurado y casi logrado engañar al rey de Nápoles con sus manifestaciones pacíficas. El 18 de octubre, Napoleon, al tiempo que estaba pasando revista al cuerpo de ejército del duque de Elchingen que iba á salir de Moscú, recibió las noticias siguientes; el ejército ruso habia venido á tomar posicion sobre el Nara; Beningsen, uno de los conspiradores que contribuyeron á la muerte trágica de Pablo I^o, habia pasado el rio, á las doce de la noche, y con el auxilio de los generales Baggowouth, Ostermann, Doctoroff, Orlow, Denisow y Muller, habia sorprendido y acometido á la division Sebastiani. El rey de Nápoles, viendo que el enemigo se proponia envolver enteramente nuestra ala izquierda, alcanzada ya por el general Muller, habia acudido inmediatamente al socorro. Mientras tanto, Kutusoff se habia adelantado con el resto de sus soldados; pero Murat y Poniatowski, haciendo prodigios de valor, habian burlado los planes de Beningsen y de Kutusoff. Este combate de una vanguardia contra un ejército era glorioso, sin

á doscientos sesenta mil hombres, puestos por escalones, de modo que podian venir sucesivamente á incorporarse con el ejército grande. Por otra parte, el carácter de Alejandro que Napoleon creía haber penetrado á fondo, le daba esperanzas de paz para la primavera. Por su lado, los soldados que habian mirado á Moscú como el término de sus trabajos y llenos de una confianza sin límites en el gran capitán, que hasta entonces parecia haber encadenado la fortuna para siempre, descansaban con placer y orgullo, rodeados por las magnificencias de la ciudad de los Czares. Todo, pues á nuestro rededor respiraba la esperanza, la calma y la seguridad. Pero el mismo gobernador de Moscú, quizás agente de esa política británica, á quien ningun delito repugnaba, con tal que causase la ruina de sus enemigos, despues de haber mandado construir un inmenso globo de incendio destinado á devorar á Napoleon en medio de su ejército, no habiendo logrado cumplir con su cruel intento, se habia vengado del mal éxito de su plan, encargando á su digno cómplice la fabricacion de cohetes y de estopas embreadas y azufradas. A la señal que dió Rostopchin, de

repente estalló un incendio horroroso; un sin número de forzados, á quienes llamaba hijos legítimos de la Rusia despues de haberlos sacado de los calabozos, y todos borrachos, se esparcieron por todas partes con antorchas y otros instrumentos de destruccion; sin embargo, los esfuerzos de la guardia y del duque de Treviso lograron salvar el barrio donde estaba el hospicio de los niños expósitos; pero no podiamos luchar contra el fuego que estallaba por todas partes; habiendo Rostopchin tenido cuidado de quitar todos los medios de apagarlo. El 16, Moscú presentaba la imágen de una inmensa hornera que echaba torbellones de llamas y de humo con un ruido espantoso. Las llamas, cruzándose por todos lados, y atizadas por los vientos, presentaban la imágen de una tempestad abrasadora. Qué espectáculo para Napoleon! Cuál debió de ser su dolor al ver que su ingenio, su voluntad, sus recursos y sus soldados nada podian contra semejante desastre! Acostumbrado á mirarlo todo sin espantarse de nada, no podía concebir esta determinacion sin ejemplar, y que no hubiera cabido en su pensamiento, aunque con la ruina de Moscú hubiese logrado